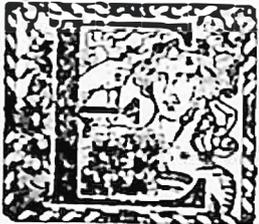


Milton Rossel

Hacia el descubrimiento y conquista de Santiago



N medio del tumulto plebeyo y cotidiano, uncidos a las pasiones primitivas que inhiben la expresión de la personalidad auténtica, la única liberación posible está en arrinconarse en sí mismo, bucear en su propio yo, parapetarse en la soledad y vuelto al pasado, entregarse a la vagarosa evocación de los recuerdos desvaídos por el tiempo.

Nuestra existencia es una sucesión ininterrumpida de evocaciones y ensoñaciones, eslabonados por las necesidades imperativas del vivir. Cada etapa está jalonada por la preeminencia de estas necesidades en sus aspectos más esenciales. Es atributo de la niñez y adolescencia otear en el horizonte, buscar senderos desconocidos y atisbar en los espacios azules; por ello las perspectivas infinitas del mar le atraen fuertemente. Enfrente a él se queda en una prolongada contemplación, enmudecido y ausente. Nada armoniza más con el espíritu del adolescente que la infinitud movediza de las aguas.

A medida que el hombre se adentra en la vida, sus perspectivas se restringen. Ha de cambiar las sandalias de nómada ganoso de caminos por las recias botas del guerrero. En la hora cenital de su existencia, le absorben las inquietudes del presente, entre el ayer caduco y el mañana inédito. Vive la hora ac-

tual agónicamente, presurosamente, porque la solución de las vitales necesidades cotidianas no admiten postergación.

Cuando ha remontado ya la cima de la cuesta y es angustioso el descenso porque han desaparecido las perspectivas ilusionadoras, la apreciación de la jornada hecha le consuela; y escrutando en el pasado, se solaza con el recuerdo de los tiempos idos que mira, como el poeta, a través de un prisma en que todo se ve mejor, clarificado y magnificado, para su íntima consolación. Y en plena senectud, la palabra del hombre es un constante desovillar recuerdos como un largo rosario en que las cuentas son hitos de una jornada extinta.

Hemos llegado ya a la cima y aun cuando el descenso no es todavía angustioso, acude fácil la emoción al evocar los días de adolescencia, y al pretender rastrearlos se escurren ellos como diciéndonos «para el momento de los recuerdos sobra tiempo...»

Concepción. 17 años de edad. Término de las humanidades. Fin de la Guerra Europea. Revolución rusa. 1918. Seis hitos que en el recuerdo se destacan eminentemente. Concepción, extensa ciudad plana, de largas calles rectas, sin recovecos románticos ni leyendas recónditas. Ciudad plana y clara en su historia y en sus calles. Casas chatas y sin alma. Monótona edificación democrática. Por sobre todo se yergue en el recuerdo el viejo edificio del Liceo de Hombres, porque en él convivimos ocho años de estudios, de aprensiones y de ilusiones. Algo de su vieja alma se incorporó a la nuestra. Hogar de la niñez y de la adolescencia animado por el espíritu jovial, gentil y dinámico de don Enrique Molina. Presente lo tenemos con su esbelta y ágil figura atravesando los conventuales patios del antiguo edificio, repartiendo sonrisas y saludos y deteniéndose de cuando en cuando a indagar el libro que tenía ensimismado a algún muchacho. Siempre ágil, siempre bondadoso. Su palabra, en las clases, nada tenía de severa gravedad. Era de cordialidad su cátedra. Animaba los caducos hechos históricos

con anécdotas y enseñanzas ejemplarizadoras. La historia griega y romana revivía gracias a su palabra encendida y convincente. Otro Enrique también animaba nuestro espíritu de adolescente. Don Enrique Marshall. Joven y grave. De correcta expresión académica, tenían sus eruditas clases la virtud de suscitar un interés poco común para los muchachos reacios a toda disciplina intelectual. El despertó en nosotros amor a las letras castellanas; él nos habló del valor trascendente del Quijote y nos reveló las recias personalidades de Unamuno y Baroja, y nos encaminó en su conocimiento y admiración, la cual ha permanecido viva a través de un cuarto de siglo.

Mientras rueda la cinta del pasado exhibiendo hechos tangibles, queremos revivir también las pasiones que se entrechocan en el fondo del alma. Ni recoldos quedan de las simpatías a uno de los beligerantes de la otra guerra; tampoco las que suscitó la Revolución rusa, de la cual tuvimos un prematuro conocimiento por un folleto de Ingenieros: «Significación histórica del maximalismo». No es que los años nos hayan entibiado. Sin duda se debe ello a que la serenidad y el escepticismo han sido nuestros más fieles consejeros para la comprensión de los mudables hechos humanos.

Siempre creímos que el mejor sedante de las pasiones es la soledad en medio de la naturaleza; y ésta se presenta gozosamente verde en los alrededores de Concepción. Enfrente del Liceo está el Cerro Caracol con sus boscajes de pinos, sus senderos caracoleados y sus quebradas umbrías. Rumor sigiloso de vertientes cristalinas y trémolo de frondas. Lo recorriamos solitarios en toda su extensión. Nos hundíamos en sus quebradas para luego ascender a la cima a respirar azul y otear en la lejanía el mar, quieto, interminable, de plata gastada. A veces lográbamos columbrar el humo tenue de un barco. A los pies, la ciudad apacible con un asordinado rumor ciudadano y ya distante las finas agujas góticas de San Ignacio. Ciudad moderna sin religiosidad; por eso se escuchaba sólo de cuando en cuando el vuelo

sonoro de las campanas místicas. A un costado la planicie acera-
da del Biobío, río quieto y sin alma como la ciudad. Junto a
él el serpenteo constante de los trenes, cuyos pitazos horadaban
el espacio de la ciudad hasta perderse en el confín remoto.

No concibo el recuerdo de mi vida estudiantil en Concep-
ción sin ligarlo al Cerro Caracol. Allí paseamos, allí estudiába-
mos, allí buscábamos la expansión que nos negaba la disciplina
de la hora de clase. En el Cerro Caracol supimos apreciar la
gloria de la naturaleza cuando aun no ha sido aderezada por el
hombre. Nada de jardinillos artificiales ni de árboles exóticos.

En la época en que estudiábamos no era aún Concepción
centro universitario, pero ya tenía prestancia de ciudad inte-
lectual. El Liceo de Hombres con su curso de Leyes anexo, te-
nía una larga tradición de casa de estudios. Siempre ha tenido
Concepción categoría de ciudad prócer. Por eso sus habitantes
nunca se han sentido anilanados ante el prestigio creciente de
la capital; y cuando se nos hablaba de ésta, nosotros, sin co-
nocerla, dudábamos de su grandiosidad, y hablábamos de nues-
tro cerro, de su río, de su Plaza de Armas, de sus iglesias . .
Los provincianos, en su mundo restringido, son mezquinos en
reconocer a otras ciudades categoría superior. Pero en lo hondo,
¡cómo deseábamos conocer Santiago y aun trasladarnos a conti-
nuar en ella nuestros estudios universitarios!

Y cuando se iba a realizar esta aspiración, decíamos ya
que nos era estrecha la ciudad en que siempre habíamos vivido.

Y sin más arreos que nuestras ilusiones, emprendimos el
descubrimiento y conquista de Santiago.

* * *

Santiago, Marzo de 1919. Tarde cálida de fines de verano.
Rumor de multitud pringosa, ruidos ásperos, agitación arremo-
linada. Por la Alameda de las Delicias un muchacho flaco, pá-
lido, la mirada asustadiza, camina lento, bajo el peso de sus

ilusiones y de lo desconocido. No niego que Santiago me deslumbró. Su actividad y su edificación eran tan superiores a la de Concepción que al poco tiempo consideraba a ésta como una simple aldea grande. Pronto nos sumimos en su fárrago callejero, hicimos amistades, adentramos en sus arrabales y burdeles sórdidos. La bohemia trashumante de los veinte años nos hizo presa fácilmente. Una antigua amistad de mi padre con don Samuel A. Lillo me abrió la cordialidad dadivosa de este poeta de alma transparente como las aguas puras. Y primero en la Secretaría del Instituto Pedagógico y después en las oficinas de la Universidad de Chile, encontré el apoyo indispensable para realizar mis estudios. La figura y los versos de don Samuel nos eran familiares en nuestra vida liceana. Su imagen aparecía frecuentemente reproducida en revistas y sus versos figuraban en los textos de estudio que en ese entonces se usaban. Nunca había hablado con un poeta de tal prestigio, de suerte que cuando me acerqué a saludarlo mi palabra tartamudeaba, y siguiendo el consejo de Fradique Méndez cuando se iba a dirigir al genial autor de «Las Pasionarias», yo también había preparado mis frases elogiosas para el escritor que me acogía en su bondad. Pero la timidez fué superior a mis intenciones. Acaso el poeta así lo comprendió, porque acentuó su sonrisa paternal.

Por una ironía del destino, mi espíritu nostálgico y errabundo, que no se saciaba de la infinitud del mar, como un pontón, ancló definitivamente en la burocracia. Muchos años estuve en ella; y si sólo la recuerdo es para evocar tácitamente el nombre de algunos buenos jefes y amigos con quienes conviví allí. Todo lo demás fué para mí rutina, sordidez, mezquindad.

No obstante mis actividades oficinescas, me incorporé al Instituto Pedagógico y al curso de Leyes. Mi primera impresión de ambas escuelas universitarias fué más bien desfavorable. Del Instituto Pedagógico recuerdo que me impresionaron gratamente dos profesores alemanes: Don Federico Hanssen y el Dr. Lenz. Al primero lo tuve poco tiempo, pues enfermó y lue-

go falleció; pero su figura y actitud quedaron definitivamente grabadas en mis recuerdos. Era de estatura regular, circundaba su faz una hermosa barba blanca, de claros ojos azules, de voz y gestos muy suaves. Parecía, en sus clases de latín un viejo dios helénico. Nada tenía él de la severa adustez teutona. El Dr. Lenz era en su modo y figura muy distinto. También de mediana estatura, de barba irregular, de andar cojicante. Su mirada, llena de viveza y picardía. Espíritu zumbón, que se reía de «la venerable rutina de la gramática»; ni don Andrés Bello escapaba de su crítica implacable. Sus clases eran muy animadas e interesantes, a pesar de que carecían de método y sistematización. Más que dar conocimientos se preocupaba de suscitar curiosidad por los problemas gramaticales, que él miraba desde un punto de vista filosófico. Otro profesor que despertó en nosotros curiosidad fué don Enrique Mercasseaux y Morán. En el ocaso de su vida, pudimos admirar su asombrosa memoria y su gran información en literatura española clásica.

Sólo seguí un año Leyes. La única figura de profesor de Derecho que acude al recuerdo es la de don Luis Navarrete y López, bondadoso y jovial, con tendencia a la oratoria sus frases. Su bella estampa nos imaginaba la de un senador romano.

Mi mayor aspiración en los primeros tiempos de vida santiaguina fué la de conocer a los escritores y políticos de mayor nombradía. Conocí luego a Eduardo Barrios, que fué compañero de oficina en la Universidad. Había en ese mismo tiempo en la Universidad un empleado de bella figura varonil, dicharachero, tonante, apuesto, donjuanesco. Tenía éste un vago parecido con Eduardo Barrios. Por su prestancia e importancia—unos pícaros estudiantes lo apodaron «El Rector aparente»—creía yo que era el autor de «Un perdido», novela que tanto entusiasmo despertó en nosotros cuando la leímos en el Liceo. Mas luego me dí cuenta de la tremenda equivocación en que estaba. Ni el uno ni el otro se sentían halagados con esta confusión de sus personas.

Barrios, atildado en el vestir, suave su voz y sus actitudes, despertó mis simpatías y fuimos luego buenos amigos. Admiré pronto su fina sensibilidad y su gran poder de intuición que le permitía suplir con creces la ausencia de estudios sistemáticos. Aseguraban que era un empleado poco puntual en sus horas de llegada, de lo cual él se defendía diciendo que ello se debía a alguna enfermedad suya o de sus familiares. Por ese entonces redactaba las páginas admirables de «El Hermano Asno». Escribía en pequeñas tarjetas, con letra menuda y cuidada, y cuando ya había dado a su prosa la forma definitiva, sacaba a máquina lo escrito en hojas cuya dimensión equivalía justamente a la página de un libro. También se dedicaba Barrios a contestar su abundante correspondencia con los escritores extranjeros. Uno de éstos—creo que era brasileño—al ver que el papel de sus cartas decía en el membrete Universidad de Chile, creyó que Barrios ocupaba el puesto de don Andrés Bello. Por ese entonces escribió también «Las Páginas de un Pobre Diablo»,—desgraciadamente su último libro—cuyo personaje principal tiene mi mismo nombre, aunque por sus actitudes no logro identificarme con él.

También conocí en las oficinas de la Universidad a don Carlos Mondaca. Pequeño, reservado, bondadoso, un hábito de tristeza parecía nimbalo. Acaso ya presentía la angustia de la muerte que tan prematuramente había de llevarlo. Admiraba en él su gran cultura literaria y, sobre todo, sus bellos versos elegíacos.

Eran los tiempos del Ateneo Santiago, animado por el fuego cordial de su secretario perpetuo don Samuel A. Lillo. Asistía frecuentemente a sus veladas y allí pude conocer de vista a numerosos escritores y poetas de fama o camino de ella. Don Samuel acogía a cuanto escritor joven—chileno o extranjero—solicitaba la tribuna del Ateneo y aun él mismo lo presentaba al público. Uno de éstos—cacatúa tropical—sin ningún sentido de la gratitud, se permitió atacarlo desde las páginas

de una efímera revista. «Este joven—me decía en cierta ocasión don Samuel—que cuando me solicitó la tribuna del Ateneo quiso halagarme diciéndome que era yo una figura de resonancia americana, no se acuerda ya de mí». Felizmente, estas ingratitudes con quien ha sido un constante estimulador de los escritores jóvenes, no han prosperado.

Para conocer a los políticos fui un asiduo asistente a las galerías de las Cámaras. Mi mayor deseo era oír a don Enrique Mac-Iver, que gozaba fama de ser el primer orador chileno. Confieso que me decepcionó. Estaba demasiado viejo y apenas se le oía cuando hablaba. De los oradores de la Cámara de Diputados me impresionó favorablemente Antonio Pinto Durán, por la oportunidad de sus interrupciones, gracia y corrección de su prosa sin ampulosidad oratoria. Felizmente, esta pasión por la oratoria parlamentaria no duró mucho en mí. ¡Ingenuidades de la adolescencia! Debíamos descubrir a Santiago en sus aspectos más interesantes. La conquista la haríamos por el camino a que nos llamara nuestro destino.

* * *

1920. No sólo para quien ya curvaba la línea de la adolescencia vivida en todo su hervor jalona esta fecha dos etapas bien definidas, sino también para el pueblo chileno. Es el punto de partida de todas las negaciones, renovaciones y rectificaciones que surgen como consecuencia de la hecatombe guerrera que finaliza aparentemente en 1918 para reaparecer en 1939 con mayor efusión de sangre. La generación estudiantil del año 20 captó, acaso instintivamente, esta posición crucial de la humanidad. Por eso ella, ávida de porvenir, se sumó al torrente renovador. Y como aun nada estaba clarificado, las inquietudes se expresaban en el lenguaje balbuciente del niño que todavía no sabe distinguir las cosas. Los ecos trágicos de las Revoluciones rusa, alemana y húngara llegaban a los oídos de los estu-

diantes universitarios, junto con las voces mesiánicas de Romain Rolland, Barbusse y Anatole France que había abandonado su cómoda actitud irónica y escéptica. Centro de todas estas inquietudes efervescentes fué la Federación de Estudiantes. A ella se incorporó como espectador atento el anónimo provinciano.

Las actividades de la Federación de Estudiantes despertaban vivas pasiones: de admiración clamorosa, unas; de repulsión categórica, otras. Su decidida adhesión a las nuevas ideas y su franca simpatía a la juventud estudiantil del Perú que como la chilena se incorporaba también a esta corriente renovadora, la hizo blanco de los más recios ataques de la reacción, exasperada por la activa propaganda primero, y por el triunfo electoral después, del candidato presidencial que con un gran sentido político había hablado de los tiempos nuevos en un lenguaje también nuevo, pero que en él fué más bien una diferente forma de demagogia.

Muchos son los nombres de los estudiantes de esa época que se destacaban por sus actividades subversivas, como se decía entonces en lenguaje policial. Recuerdo haber oído hablar en la Federación de Estudiantes y en los mítines a Santiago Labarca, de aguda voz cantarina y gesto tribunicio. Ególatra siempre y escéptico en el fondo, su línea política ha sufrido bruscas alternativas. Alguien ha dicho que es el paradigma de esa generación. No lo creo así. Otro estudiante muy popular en esa época fué Juan Gandulfo, mordaz, tajante, contundente en sus discursos. A la inversa de Labarca, parece que gozaba con despertar la antipatía del auditorio. Don Pedro León Loyola era la voz del maestro cargada de sabiduría y cordura.

Era la época de las grandes concentraciones políticas, cuando el pueblo se reunía movido por un impulso instintivo de conservación, sin otros mandatos que los misteriosos designios de su ser. No había entonces ni consignas ni amplios.

Por eso cualquiera voz ilusionadora tenía la virtud de suscitar el entusiasmo ingenuo de las masas.

Acaso el único acento francamente sincero lo daba la Federación de Estudiantes. Por eso se la atacaba sin desmayo, hasta que fué asaltado su hogar y tomados presos la mayoría de sus dirigentes, entre los cuales se encontraba el poeta Gómez Rojas, a quien conocí como estudiante irregular en el Pedagógico, y cuya vida terminó trágicamente en el Manicomio. Sus funerales fueron grandiosos, como expresión de repudio de la ciudadanía a la política persecutoria de la reacción.

Destruído el hogar de los estudiantes, se agruparon éstos con mayores bríos. Y nuevos jóvenes, ya más orientados, la dirigieron. Recuerdo entre ellos al poeta Meza Fuentes, a Eugenio González, a Oscar Schnake, a García Oldini, y otros oscurecidos por sus destinos opacos o porque sus vidas nada han tenido de espectación pública, o ellas se han exhibido en el tinglado político con la vacua sonoridad de una réclame de artículo falsificado.

Como velados por bruma, voy viendo esos días acasos no tan lejanos pero ya distantes. Noches de largas discusiones, después de las cuales se aprobaban votos y manifiestos en que se pedía una rectificación de la política mundial o en que se atacaba alguna medida del Gobierno, o en que se adhería a algún caudillo chino o de cualquiera otra latitud. Nuestras nobles intenciones no reparaban en lo ridículo de la petición.

Después de las sesiones nos íbamos a algún café—el Glanz era uno de los preferidos, si no me equivoco—o a caminar a la deriva por las calles solitarias de medianoche. Era el momento de las confidencias, cuando se cambiaban impresiones acerca de las lecturas de cada cual. Los escritores rusos eran de los más leídos. Parece que en ellos encontraba el espíritu de esa juventud ausente de la realidad doméstica y municipal y anhelante de porvenir, la expresión que mejor se compadeciese con

sus propias inquietudes. Las vidas tenebrosas y subterráneas de los personajes novelescos rusos que caminaban a través de la estepa infinita en busca del alba promisor, tenían algo de nosotros mismos. Como ellos, nos sentíamos torturados por el destino y anhelábamos un mundo distinto a éste en que vivimos aplanados por una ordenación social jerarquizada. Éramos discípulos, sin quererlo, de Bakunin y Kropokin. No caíamos sí en la ingenuidad de formar una colonia tolstoiana.

En realidad, los novelistas rusos han sido maestros para expresar la tortura de las almas desorbitadas o la angustia de los espíritus perdidos en nebulosas abstracciones. ¡Con qué fruición deleitosa leíamos a Andreiev, el de «Las Tinieblas», Sachka Yegulev, «Los Siete Ahorcados»; a Gorki, el de «Los Vagabundos», «Ex Hombres», «Los Tres», «Angustia»; a Checov, el de los cuentos trágicos; a Artzibacheff, el de «Sanin» y «El Límite»; a Garín, a Averchenko y otros. También nos entusiasmábamos con la prosa patética de Barbusse; con el tono mesiánico de Romain Rolland, y con la ironía piadosa de Anatole France.

En las palabras recias Unamuno, encontró la generación del año 20 su mayor fuerza alentadora. Se le admiraba más que leía. Literariamente Unamuno nunca podrá ser popular. Baroja fué uno de los escritores más leídos por esa generación. Sus agrias palabras para la burguesía decadente, su desprecio por los valores consagrados y sus personajes novelescos, vagabundos, abúlicos, anarquistas, suscitaban nuestras simpatías. El poeta Raimundo Echavarría decía con su típica elegancia despreciativa que era el único escritor español que se podía leer, y citaba como propias, en un afán de *epatar*, frases lapidarias de «Juventud, Egotría». Así, en clases de Literatura en el Pedagógico expresó con escándalo nuestro que Goethe era el tambor mayor de los malos poetas.

Como nos agradaba bastante la retórica discursiva, leíamos apasionadamente a Rodó. «Ariel» fué nuestro breviario de «idealismo desinteresado» y del antiimperialismo materialista. In-

justamente se le desprecia hoy en día por algunos críticos que no encuentran en este libro ningún sentido «marxista», y aun se ha creado el término *arielismo* como sinónimo de ideales sin arraigo en la realidad, algo vago y retórico.

Aquéllos que estimaban dosis demasiado fuerte estas lecturas, leían al muy superficial de José Ingenieros. A esos se les decía que encontraban en «El hombre mediocre» su propia biografía. Había también algunos nietzscheanos, para quienes «Así habló Zaratustra» era la expresión máxima de una filosofía humana. ¡Eran los tiempos de las editoriales Maucci y *Semper*!

Pero no todo eran graves preocupaciones en nosotros, porque no descuidábamos dos aspectos fundamentales de nuestra juventud: el amor y la alegría. No sabíamos con todo el ímpetu de los veinte años que requieren la vigencia de estas dos fuerzas anímicas en su gestación y tangibles en su realización, exteriorizadas cabalmente en esas inolvidables Fiestas de la Primavera, algarabía bulliciosa de corazones libres.

Nos hemos ido sumergiendo cada vez más en el tumulto santiaguino. La provincia está ya casi olvidada y hasta nos consideramos forasteros en nuestra propia ciudad. Hemos conquistado a Santiago y ella nos ha cogido con su seducción multiforme de urbe cosmopolita. Nos identificamos con su alma, inmensos en su multitud abigarrada.

Y al evocar los hechos e inquietudes desvanecidos por el tiempo y la edad, nos sentimos acongojados por la ausencia de las cosas e ilusiones bellas que ya se han perdido irremisiblemente.